

Elogio turístico de San Sebastián y su Provincia, por Luis Lavaur



San Sebastián.—Vista general.

El enumerar con cierto sistema la suma de valores turísticos que apretadamente se concentran en Guipúzcoa y su hermosa capital, tema es que, de puro multiforme y rico, tiende con su superabundancia a desbordar el cauce forzosamente sumario de un artículo. Para esquivar este inconveniente circunstancial, y en gracia a la síntesis, imaginémosnos de un golpe y sin más dilaciones instatados en San Sebastián en la bellísima ciudad a la que a efectos turísticos podríamos otorgar, sin riesgo a lesionar mejores derechos, el rango de capital natural e incontestable de toda la región vasconavarra. La capital, como es sabido, se

halla tan estratégicamente situada en el punto de intersección entre el mar y la frontera, que con referencia a ella todos los lugares comprendidos en la región a recorrer quedan inscritos en el interior de una semicircunferencia casi perfecta. Con relación a San Sebastián, la integridad del territorio vasconavarro viene a resultar a modo de un abanico que desplegara totalmente la policromía de su país y cuyas varillas hubieran comenzado a abrirse en íntima tangencia con el litoral cantábrico, y rozando luego la Rioja, concluyeran su arco triunfal descansando en las crestas pirenaicas limítrofes con Aragón. Sobre un mapa, este semicírculo apenas rebasa un radio teórico y rectilíneo de unos cien kilómetros. En la realidad, y a bordo de un automóvil, un recorrido aproximado de unos ciento cincuenta kilómetros es la distancia efectiva que separa a San Sebastián de los puntos más extremos de la comarca. Esta favorabilísima circunstancia topográfica, queda por otra parte admirablemente subrayada por el sistema radial de comunicaciones existente, el cual llega a España desde Francia reduciendo a un solo cauce la red de carreteras y de railes, y aprovechando el breve portillo que casi por casualidad queda abierto entre el mar y la mole peñascosa de los Pirineos, penetra y converge sobre San Sebastián.

Esta misma situación geográfica de privilegio que disfruta San Sebastián, le confiere, con vistas al turismo extranjero, una grave responsabilidad, una alta misión que cumplir. La de servir de lujosa antecala abierta en la principal puerta de España.

Merece la pena de visitarla, entre otras muchas razones, para apreciar el grado de justeza y perfección con que desempeña función tan delicada.

Observaremos entonces que la ciudad, de espíritu muy fino, muy hecha al trato de gentes y experta por tanto en buenas maneras hacia sus huéspedes, tiene incluso el acierto de adoptar hacia ellos el exquisito gesto de disimular su pasado. Por eso, aparentemente—y nada más que aparentemente—, San Sebastián da la sensación de carecer de historia. Y esta impresión la consigue a fuerza de haber ido sofocando cuidadosamente, bajo una capa de belleza, los recuerdos de su interesante ayer.

Hoy en día, la ciudad de San Sebastián consiste fundamentalmente en un panorama artificial armónicamente engastado en el centro de un paisaje natural de maravilla. La especialísima construcción de la capital, estructurada reduciendo acertadamente sus pretensiones a un mero poblar y ornamentar el bellísimo escenario existente de antemano; elaborada además con la ponderada delicadeza de un soneto, es decir, conjugando las palpitantes libertades de la gracia con los exigentes imperativos del orden y de la medida, atesora hoy virtudes constructivas que, exquisitamente dosificadas, son las que han dotado de la expresión y el sentido que le faltaban al sin igual paisaje que le sirve de emplazamiento, y las que han exaltado también hasta altas cumbres de perfección el

singular conjunto que los hombres y la naturaleza han compuesto acumulando bellezas.

Puede por ello que no exista en el mundo ciudad en la que para quien la visite vayan las cosas más suave y directamente desde los ojos al corazón. Pruebe el visitante que la recorra a prescindir tanto de la versatilidad del ciceroe como de las eruditas arideces del Baedeker, y vea si en este caso las deliberadas deficiencias de su información le privan en algún momento de sorprender el transparente secreto de todos y cada uno de los encantos que atesora esta sin par población. Si somete su asombro al experimento propuesto, comprobará maravillado que al compás de su visita toda la hermosa de San Sebastián se va desplegando y filtrando hasta el fondo de su alma sin el menor esfuerzo por su parte, como si en lugar de recorrer la materialidad utilitaria de una población, fuese saboreando las excelencias de un poema, de un crepúsculo o de una sinfonía.

A lo largo del año, San Sebastián exterioriza un significado turístico dual que conviene mucho distinguir. Uno, el más absorbente y divulgado, es el estival. El otro, el permanente, infinitamente menos conocidos, tal vez resulte oportunísimo que en estos momentos lo subrayemos.

Coincidiendo con la llegada de los primeros veraneantes, suele iniciarse la puesta en marcha del complicado dispositivo montado por la ciudad para erguirse sobre sí misma. En el hipódromo de Lasarte comienzan a disputarse los trofeos más codiciados por los propietarios de corceles de sangre caballar más impetuosa y azul. Vibra de emoción náutica la bahía, mientras balandros, mipes, yolas, bordas y traíneras, desfilan sobre sus aguas como saetas disparadas contra el horizonte. Un prolongado trueno de descargas estremece diariamente el solemne Gudamendi mientras caen las aves abatidas por las escopetas más certeras del mundo. Los espadas de máximo prestigio, en tardes llenas de soleada emoción, reciben los aplausos del más cosmopolita de los públicos que puede hacer rebosar el graderío de un ruedo español, a la vez que en el golf y el tenis, en medio de la amable sensualidad del paisaje vascongado, miden cotidianamente su pericia las más destacadas figuras internacionales de cada especialidad deportiva. Y como mejor complemento de tanta delicia, llegan luego las noches, las memorables noches del verano donostiarrá, puntualmente visitadas por la brisa.

Por si fuera poco, cuando comienza a declinar el verano irradiando ese melancólico regusto que se desprende de todas las cosas bellas que fenecen, San Sebastián lo despide con su Gran Quincena Musical, una serie de inolvidables acontecimientos sinfónicos, para los que las dos primeras semanas de septiembre rinden la ofrenda de sus horas mejores para mayor gloria del más vasto y depurado programa musical que puede ser escuchado en España.

San Sebastián, en lo que al turismo propiamente dicho concierne, venía siendo considerada, práctica e inexactamente, como una localidad de temporada, como una ciudad de belleza indiscutida, adherida a una soberbia playa, cuyo año turístico estaba compuesto de un espléndido verano asediado por la prolongada monotonía de tres inviernos consecutivos.

Lo cierto es que contra menosprecio tan patente, contra error tan manifiesto como divulgado, apenas se desarrolló ninguna iniciativa propagandística orientada directamente a eliminar dicha inexactitud y que pusiera a flote una realidad de mayor magnitud y mucho más grata. Tal vez, hasta muy recientes fechas, es posible que tampoco fuese esta medida muy necesaria dada la generosa prodigalidad con la que a todo provee el verano.

San Sebastián, ciudad enclavada en una posición fronteriza francamente privilegiada, que virtualmente posee un magnífico potencial turístico permanente e independiente por completo del verano, tiene abierto ante sí un horizonte cuajado de posibilidades, que todo hace suponer y desear no dejarán de ser puestas urgentemente en servicio activo. Bástele para ello, en principio, y con la ayuda de una propaganda de nuevos alicentos y de directrices distintas a las en uso, poner en función los valiosos recursos turísticos que atesora y que hasta ahora le fué posible, sin riesgo excesivo, mantener prácticamente inoperantes, y a ejemplo de lo que hizo hace un siglo con aquellas incommovibles murallas que le asfixiaban y que convirtió en Boulevard, romper hoy y desbordar el marco, oprimir déi verano, adentrándose triunfalmente a lo largo de todo el año para conquistar de este modo su total plenitud turística.

Si, por ejemplo, de panoramas se trata, ¿en qué otro lugar del Universo éi será posible al viajero admirar espectáculo natural comparable al que se divisa desde cualquier punto déi paseo de la Concha? Intiman en este inefable paraje los ingredientes esenciales del Cosmos con ademanos de tan entrañable ternura, que entran ganas de aventurar una interpretación sentimental que intente explicar la sublime emoción que se desprende contemplando el encuentro que aquí se efectúa entre el ímpetu viril del Océano y la femenina morbidez déi paisaje vascongado. Ya en este plan, diríase que ese dócil rebaño de montañas, que formando un círculo que casi se cierra, penetran en el mar, son dos brazos enamorados que la capital, acostada como una sirena sobre un techo de arenas doradas, extiende hacia el horizonte para estrechar al mar contra su hermosísimo cuerpo. Puede que también se oculte un sentido de profunda galantería en el borde de esa curva límpida y gallarda que sobre un tálamo de arenas dibuja respetuosamente el mar; no lo sabemos. Pero no hay duda de que un fuerte hálito nupcial dramatiza a este soberbio escenario, y éi ritmo manso y acariciante de esas olas que desaparecen sorbidas con avidez por la rubia y finísima espiderm de la playa, puede que no sea otra cosa que el emocional palpitar déi corazón cautivo de los mares, o bien la respiración placentera y acompasada del Cantábrico, que yace aquí aprisionado por la magia de este paisaje, que con su encanto parece haberle arrebatado su fiera proverbial.

Y sobre este tema fundamental del paisaje donostiarrá, cuántas y qué maravillosas variaciones puede obtener el viajero si su entusiasmo le transporta sobre las cumbres dominantes de las tres montañas--Igueldo, Urguil y Ulía--, que erguidas sobre su tajamar de rocas, se adentran impetuosamente en las aguas con irresistible vocación de nave.

(Se Continuará)